

Comienza por el principio

Cualquiera que deje de aprender es viejo, tenga veinte años u ochenta. Cualquiera que siga aprendiendo se mantiene joven. Lo más importante en la vida es mantener joven la mente.

Henry Ford

Siempre quise volver a la escuela. Y un día, treinta años después, lo hice. No sé qué me dio las agallas para hacerlo, aparte del ardoroso deseo de finalizar algo que había comenzado hacía años. Cuando llegó el día de inscripción estaba aterrorizada y me eché atrás.

—Decidí que no voy a volver a la escuela —le dije a mi familia—. En realidad no quiero esto, después de todo. Voy a olvidarme de todo esto.

En ese momento, mi hija, que era una estudiante de primer año en la universidad, se dio cuenta de mi aprensión.

—Mamá —imploró—, quisiste hacer esto durante toda tu vida. Te acompañaré a inscribirte, incluso haré la cola por ti.

Y eso hizo.

Había abandonado la universidad en mi último año y ahora era como comenzar de nuevo, no sabía por dónde hacerlo. De casualidad, en uno de los primeros libros de texto que abrí como "una antigua estudiante que regresa", me crucé con una cita de Lewis Carroll (de sus libros *Alicia en el país de las maravillas* y *A través del espejo*): "Comienza por el principio —dijo el rey seriamente—. Y

continúa hasta el final, entonces detente". Exactamente mis sentimientos, Sr. Carroll. Muchas gracias.

Pero había pasado mucho tiempo desde la última vez que había "decodificado un libro". Algunas veces estudié ocho horas por días, olvidando el almuerzo o alimentar a los peces. Mi esposo y yo debíamos hacer citas (sólo los fines de semana) para vernos y a veces me sentía culpable por elegir gastar una hora en la biblioteca y luego cocinar comida de cajas.

Cuando al fin llegó el día de mi graduación, estaba eufórica. No sólo estaba cumpliendo uno de los sueños de mi vida, sino que mi hija también se graduaba el mismo día. Tuvimos una celebración madre-hija con familia y amigos, exhibimos con orgullo nuestros flamantes títulos de licenciadas en arte. Nunca había estado tan orgullosa de mi hija. Y cuando mi hija se paró junto a mí para el momento de la fotografía, con nuestras togas negras fundiéndose en una, podría decir que estaba muy orgullosa de su madre.

Poco después de la graduación, obtuve las credenciales de enseñanza. Y debido a que amaba aprender y encontré que la enseñanza es uno de los mejores caminos para aprender, decidí continuar mis estudios y obtener una maestría de artes en educación y redacción creativa. Fue una excelente elección. Amaba enseñar y amaba escribir. Con un título en estudios interdisciplinarios podría combinar las dos.

El posgrado era agotador y por momentos agobiante. Me corté el pelo y me hice la primera permanente de mi vida, así que no tenía que preocuparme por arreglarme el pelo. Aprendí a preparar una salsa para spaghetti en dos horas en vez de la usual de seis y aprendí que podía vivir sin mi cita con Ted Danson de Cheers.

Los siguientes dos años volaron, pero no fueron fáciles. En determinado momento, llegué a casa de la escuela, arrojé mis libros sobre la mesa de la cocina y dije a mi

familia: "¡Renuncié! ¡Tuve suficiente!". Luego de llorar un par de horas y hablar sobre ello, me di cuenta de que había llegado demasiado lejos como para renunciar. Había corrido bien y estaba cansada. Decidí que tomaría un día a la vez para relajarme con una actividad suplementaria.

Estaba en el último trimestre del posgrado, faltaba sólo una clase, cuando me diagnosticaron cáncer. ¿Cáncer? ¡Iba a morir? ¿Tendría que dejar a mis hijos antes de lo que quería? ¿Podría terminar mis estudios?

Un par de días después, sacudida y asustada, aparecí frente a la puerta de mi profesor, dejando un charco de lágrimas y sueños rotos sobre sus hombros.

—No te preocupes por ello —dijo—. Encontraremos una forma de solucionarlo.

—Pero tengo que ir a Los Ángeles durante siete semanas para la terapia de radiación y no podré venir a las clases.

Sugirió que hiciera mi trabajo en Los Ángeles y se lo enviara por correo. Podíamos mantenernos en contacto por teléfono.

—Y no te rindas —dijo con firmeza—. Nunca conocí un estudiante con tanta determinación. Eres el tipo de estudiante por el que los maestros venimos a dar clase y tienes que utilizar la misma determinación para luchar contra esa cosa.

Le prometí que finalizaría mi trabajo escolar y que lucharía por mi vida. La mesa de la cocina de mi departamento en Los Ángeles se convirtió en mi escritorio durante las siguientes siete semanas. Cruzaba la calle para mi tratamiento y regresaba a mi departamento y a la mesa de la cocina para estudiar y escribir mis artículos. Envié mis tareas terminadas por correo desde una oficina postal cercana.

Justo antes de Navidad, me gradué con honores y una maestría en educación e inglés. El día de mi graduación

fue especial por muchas razones. Terminé el tratamiento de radiación y terminé mi trabajo escolar. Mi esposo y mis hijos, junto a mi madre, hermana y hermano, se encontraban en el auditorio cuando me llamaron por mi nombre y me dieron mi diploma. Mis ojos encontraron los suyos y quise gritar: "¡Eh! ¡Mírenme! ¡Lo hice!". Luego de que pasé la borla de mi gorro para el lado izquierdo, les hice un gesto con las manos como si yo fuera de la realidad. ¡La reina Isabel no era nada comparada conmigo!

En el momento en que escribo esto, hace tres años que estoy limpia de cáncer. Tomo cada día y lo vivo, manteniendo la promesa hecha a mi profesor y a mi misma de luchar por mi vida. Viví para ver a mi hija convertirse en maestra y a mi hijo graduarse de la universidad con un título en psicología. ¡Háblenme de orgullo!

Todavía hoy, continúo mi travesía por el camino del conocimiento. Aprendo algo nuevo cada día gracias a mis estudiantes, que se sientan frente a mí con rostros interrogantes. Ellos son mis grandes maestros. Enseñé a muchos niños en estos últimos tres años y recé diariamente por tocar sus vidas de la misma forma en que ellos tocaron la mía.

Y en mis momentos de calma, puedo tomar un lápiz y escribir mis pensamientos y sentimientos en una hoja de papel vacía, algo que amo desde que era niña. La vida no puede ser mejor que esto.

Loia De Julio De Maci